

El porqué de los gestos: mirar hacia atrás en búsqueda del significado de unos actos muchas veces inconscientes

Un grupo de investigadores filólogos de la Universitat de les Illes Balears y de la Universitat de Barcelona encabezado por M. Antònia Fornés investigan los textos latinos con el objetivo de documentar la gestualidad en la antigua Roma

PALABRAS CLAVE: lingüística, latín, pragmática, gestos.

KEYWORDS: linguistics, latin, pragmatics, gesture.

¿A quién no le han tirado alguna vez de las orejas? Quizá algún familiar o amigo nos lo hizo al tiempo que nos felicitaba por nuestro aniversario. La cuestión es: ¿qué significado tiene este gesto?

Est in aure ima memoriae locus: las palabras escritas por Plinio nos proporcionan la respuesta. Si la oreja, y en concreto el lóbulo auricular, era considerada por los romanos como la sede de la memoria, cuando, con motivo de cumplir años, nuestros familiares y amigos nos tiran de las orejas quizá sólo están recordándonos de esa forma el paso inexorable del tiempo.

El ejemplo nos sirve para ilustrar el proyecto de investigación que llevan a cabo las doctoras M. Antònia Fornés y M. Carme Bosch, del Departamento de Filología Española, Latina y Moderna de la UIB, junto con investigadores de la Universitat de Barcelona y que lleva por título "Los textos como fuente de información pragmática: estudio de la gestualidad en la antigüedad romana". Pragmática porque es esta disciplina lingüística, desarrollada en los últimos años, la que se ocupa del estudio de los elementos que intervienen en el discurso después de abandonar los terrenos sintáctico y semántico; o dicho de otra manera, porque es la que se ocupa del significado dentro de un contexto, en tanto que la semántica se ocupa del significado fuera de todo contexto.

Los estudios sobre gestualidad han proliferado en los últimos tiempos, sobre todo desde el desarrollo de técnicas de grabación y reproducción audiovisual. En la mayoría de los casos este tipo de investigación de la gestualidad moderna parten del gesto para intentar explicar su significado. En cambio, el trabajo de este grupo de investigación va mucho más lejos y supone casi un ejercicio de arqueología del gesto o de "pragmática inversa": se trata de recorrer el camino inverso al que siguen las investigaciones al uso. El proyecto busca caracterizar los gestos pero yendo a las fuentes, localizando testimonios escritos que los describan, completando dicha información con testimonios artísticos (pintura, escultura, etc.). Y todo ello en el ámbito de la cultura romana, cuna de la nuestra.

Este tipo de estudios escasea. Tan sólo un autor, a finales del siglo XIX, C. Sittl (*Die Gebärden der Griechen und Römer*, Leipzig 1890), se interesó por la gestualidad romana y griega acudiendo a los textos antiguos. Sin embargo, la metodología utilizada por el autor deja de ser, en ocasiones, estrictamente científica para adentrarse en el terreno de la especulación. A esta aportación del XIX cabe añadir algunas investigaciones sobre gestualidad en el arte griego y sobre la oratoria romana pero en todo caso muy escasas.

Maneras, posturas, gestos

La comunicación humana se fundamenta sobre una triple estructura básica: el lenguaje verbal, el paralenguaje y la cinésica, que precisamente estudia los movimientos corporales con función comunicativa. Y es que el cuerpo habla y lo hace mediante posturas que pueden ser conscientes o inconscientes, proporcionando información sobre el sexo, el estado de ánimo, el origen cultural, etc.; también lo hace mediante maneras que son principalmente aprendidas y ritualizadas socialmente según el contexto situacional (por ejemplo: las maneras afeminadas); y en último lugar, lo hace también mediante gestos. Sin embargo existen muchos tipos distintos de gestos. Aquellos que suponen un objetivo para este proyecto son sobre todo los "emblemas" y los "ilustradores". El emblema es un gesto que posee un equivalente verbal sin ambigüedades en una cultura determinada. En cambio, los gestos ilustradores, como su nombre indica, son aquellos que acompañan al discurso para ilustrarlo.

Entre los emblemas más interesantes que el grupo de investigadores ha podido documentar se encuentran los gestos que los romanos adoptaban a la hora de afirmar y negar. De entre todos los textos aportados destaca un pasaje de *Las metamorfosis* de Apuleyo, en la que el autor describe con todo tipo de detalles el gesto para comunicar aprobación. Se trata del mismo gesto que todavía hoy persiste entre nosotros y que consiste en mover la cabeza en sentido vertical, alternativamente hacia arriba y hacia abajo. Muy al contrario, el resultado de la investigación por lo que respecta al emblema de negación no ha conducido al gesto que hoy acostumbramos a hacer, es decir el movimiento lateral de la cabeza a izquierda y a derecha. No era éste el gesto que los romanos acostumbraban a hacer, sino que el emblema de negación consistía en echar la cabeza hacia atrás. Lo más curioso es que este emblema todavía se mantiene en uso en la Italia meridional, al sur de Nápoles; como también perdura en Sicilia, Malta, Grecia y Turquía.

Según parece los romanos imitaron a los griegos en este punto, como imitaron a otros pueblos a la hora de construir su corpus gestual; por ejemplo a los galos, de quienes adoptaron el emblema clásico para burlarse del prójimo: sacarle la lengua.

Aunque el objetivo del grupo de investigación es elaborar un catálogo de la gestualidad romana lo más completo posible que englobe además el medioevo como una forma de entroncar el pasado con determinados comportamientos que han permanecido hasta hoy, la fase actual del trabajo se ocupa principalmente de los gestos realizados con la cara, sean éstos gestos libres, es decir, que su

realización no implica contacto con ningún otro órgano u objeto, sean gestos trabados, eso es, que comporten un contacto con otra parte del cuerpo.

Los investigadores han abordado el estudio desde perspectivas diferentes. Así, mientras la doctora Laura Cabré, de la UB, ha escogido trabajar en la obra de un autor: es el caso de las veintiuna comedias de Plauto, siendo el resultado un catálogo exhaustivo del comportamiento cinésico de la comedia plautina, la doctora Mercè Puig (UB) ha analizado los textos latinos en búsqueda de gestos y maneras asociados a la nariz; y la doctora M. Antònia Fornés, junto con la doctora Mercè Puig, ha hecho lo mismo al respecto de los gestos realizados con la oreja y con los dedos.

Precisamente del estudio de la gestualidad realizada con los dedos, se ha documentado un gesto que añade a la burla la afrenta: es el que se realiza levantando el dedo corazón, manteniendo la mano cerrada. Se trata de un gesto obsceno que intenta reproducir el miembro erguido desde el escroto. He aquí un texto de Marcial:

Rideto multum qui te, Sextille, cinaedum / Dixerit et digitum porrigito médium (Ríete mucho, Sextilo, de quien te ha llamado afeminado y levanta el dedo de en medio); más aun, un poema priapeo califica el dedo tal y como era conocido entre los romanos:

Derides quoque, fur, et impudicum / ostendis digitum mihi minanti (¿Tu también te ríes de mi, ladrón, y me muestras el dedo impúdico cuando te amenazo?).

Los romanos también conocían el gesto de chasquear los dedos para enviar una señal a alguien con la orden de que haga algo que ya sabe (*digitus crepans, digitos concrepuere, crepitus digitorum*), y, por supuesto, el gesto para imponer silencio, acercando el dedo índice a los labios, tal y como nos describe Apuleyo:

At ille digitum a pollice proximum ori suo admouens et in stuporem attonitus "Tace, tace" inquit (Pero el, llevándose el índice a los labios, atónito por el miedo, dijo: Calla, calla".

El caso más curioso de gestualidad con los dedos es, sin embargo, el llamado cálculo digital, mediante el cual los romanos podían expresar con los dedos cualquier número entre uno y un millón. El sistema consistía en representar las unidades con dieciocho gestos realizados con los dedos de la mano izquierda (el corazón, el anular y el meñique expresaban las cifras del uno al nueve, y con el pulgar y el índice se expresaban las decenas); las centenas y los millares se expresaban mediante dieciocho gestos más, idénticos a los anteriores, pero realizados con la mano derecha; y la posición de las manos respecto al pecho, el ombligo o el fémur expresaban las decenas y las centenas de mil. Para el millón se entrelazaban las manos.

¿Son creíbles los romanos de las películas?

Para los no versados en la cinésica de la antigua Roma, el cine ha sido el único camino para familiarizarse con las maneras, posturas y gestos que se utilizaban hace dos mil años. Ahora bien, algunas de esas certezas fundamentadas en el séptimo arte se convierten en humo cuando se acude a los textos latinos. Es el caso de un gesto muy conocido relacionado con los combates en la arena, gestos de aprobación y desaprobación que suponían la muerte del gladiador vencido o la orden de perdonarle la vida. A la luz de los textos no puede concluirse que el gesto de dirigir el pulgar hacia el suelo fuera la orden para matar al vencido. En realidad, a partir de los textos, se puede interpretar este gesto con el significado contrario: el de lanzar las espadas en señal de perdón. El gesto para expresar perdón podría haber consistido también en colocar el pulgar entre todos los otros dedos, con la mano cerrada. La orden de matar, en cambio, se expresa con un gesto, *uertere pollicem*, que se ha interpretado de diversas maneras: se puede tratar de dirigir el pulgar al pecho o bien de girarlo hacia el suelo.

Ya hemos hablado del gesto de tocar el lóbulo de la oreja a alguien con el objetivo de hacerle recordar. Existe también, aunque menos frecuente, el de tocárselo uno mismo. No hemos mencionado, sin embargo, que el emblema también formaba parte de un ritual conocido como la *antestatio*, es decir, la citación de alguien a un juicio. Los investigadores han localizado un texto de Horacio en el que el escritor, paseándose por la Vía Sacra, es requerido por un hombre para que le haga de testigo en un juicio. Horacio cuenta que para aceptar la petición del hombre, le ofrece su oreja para que se la toque.

Este mismo emblema presenta otras variantes, con otros significados, en otros ámbitos que no son el judicial. Así pues, *manus ab extrema aure pendere*, es decir, colgar la mano del lóbulo de la oreja, si quien lo hacía era una mujer y si la oreja era del amante, quería decir que éste podía darse por enterado de que su pareja tenía una queja. Era la manera de decirle al amante: ¡Menuda me la has hecho!

Las orejas son parte importante de muchos gestos. Los investigadores de la UIB y la UB han documentado en los textos latinos hasta siete gestos distintos en los que están involucradas. Cuatro de ellos pueden ser clasificados como gestos *sensu stricto*; en cambio tres han de ser considerados como maneras. Algunos de estos gestos son emblemas, como el de taparse las orejas para no oír lo que no quiere oírse, o el mismo gesto de tocar el lóbulo auricular que ya hemos explicado más arriba. Entre las maneras, algunos pertenecen al ámbito de la superstición religiosa, por ejemplo el gesto de llevarse el dedo anular a los labios, mojarlo con saliva y llevarlo a la parte posterior de la oreja derecha. Parece ser que esta práctica tranquilizaba el espíritu y estaba relacionada con el culto a la diosa Némesis, a la cual se pedía perdón de esta manera por las palabras inconvenientes que habían podido ser pronunciadas.

Los investigadores han documentado otra curiosa manera que parece tener un origen griego. Se trata de “coger por las orejas” a alguien y besarlo. Parece ser que esta práctica, reservada a los padres para con sus hijos, era conocida como el “beso de la jarra”. Sólo un día al año, por lo que concierne a Roma, los hijos podían besar de esta forma a los padres: el día de las fiestas en honor a Palas. La restricción en el uso de esta manera de besar provocó que fuera utilizada como recurso en algunos textos cómicos cuando un personaje cogía a otro por las orejas y lo besaba en señal de burla.

Pero si hablamos de burla, tendremos que mencionar otro gesto que sí se ha mantenido a lo largo de los siglos y es: *manus auriculas imitari mobilis albas*, es decir imitar con las palmas de las manos las orejas del asno, un gesto que normalmente se hacía apoyando los pulgares en las sienes.

Los grandes besucones

El estudio de la gestualidad en la antigua Roma permite hacer una primera clasificación. Así, los investigadores han podido documentar actos cinésicos que se han conservado a través de los tiempos y que llegan hasta nosotros con el mismo significado; otros que desaparecieron y quedan como testimonios de antiguos tiempos; y otros que, si bien todavía son usados, han ampliado o reducido su significado. Este podría ser el caso de uno de los gestos más característicos de Roma, el de la *adoratio*. Consistía, en un principio, en juntar los dedos índice y el pulgar, llevarlos a los labios, besarlos y lanzar el beso a las estatuas de los dioses, a los objetos sagrados. También se ejecutaba al acceder a un lugar sagrado.

Fuera del ámbito estrictamente religioso, también fue utilizado más tarde para dirigir el beso a una mujer bella, transformándose así el gesto en una expresión de alabanza ante el placer estético. El gesto ha llegado hasta nosotros modificado. En la actualidad acercamos todos los dedos de la mano a los labios, los besamos y después lanzamos el beso tanto si lo que queremos significar es el beso mismo a una persona como si lo que queremos expresar es nuestra satisfacción ante algo que nos ha gustado en especial. Por ejemplo, cuando después de haber probado un guisado realizamos el gesto de la *adoratio* para loar la excelencia del plato.

La investigación ha confirmado algo que ya se conocía: los romanos eran muy besucones. Besaban mucho y de muchas formas. La doctora Fornés recuerda que con motivo de la guerra de Irak las televisiones de todo el mundo mostraron imágenes del pueblo iraquí acercándose a Sadam Hussein para besarle en el pecho. Esto es precisamente lo que hacía el pueblo de Roma con sus nobles y sus emperadores.

Un tipo de beso que ha llegado hasta nosotros pero también amplificando su significado original es el “beso al moribundo”. En la antigua Roma era común que el amante o un familiar del moribundo lo besara en la boca tras el óbito con el objetivo de recibir su alma. Aún hoy, el significado del beso como vía para traspasar algo de persona a persona persiste. La doctora Fornés recuerda como recientemente, en un ámbito tan ajeno a la antigua Roma y a la muerte como es una ceremonia de premios en el mundo de la música, la prensa coincidió en interpretar un beso de la cantante Madonna a la también cantante Britney Spears como la herencia de un cetro: el de la reina del pop.

Más de dos mil años después, Roma sigue presente, no sólo en muchos rincones de nuestra lengua, sino también a la hora de desplegar nuestros gestos.